

UNA RELIQUIA DEMASIADO ARCAICA: LOS VERDIALES MALAGUEÑOS

MIGUEL ROMERO ESTEO

De mozo, solía ir yo el día 28 de diciembre al ventorrillo del Túnel, a la entrada de los montes de Málaga, a la salida de la mismísima Málaga hacia la comarca de sus malagueños montes, y allí asistía a la anual fiesta de los verdiales. La organizaban las campesinas gentes de la tal comarca malagueña como un anual concurso entre sus diversas *pandas* campesinas de verdiales. Competían ruidosamente las *pandas* por ver cuál de ellas finalmente se llevaba el premio. Había un jurado intervillorrios de ancianos varones que en su juventud habían sido miembro de *pandas* de verdiales en sus villorrios. Y el acto de concursar consistía en un *choque de pandas* al modo más primitivo y prácticamente neolítico: la *panda* que en el frenético ritmo de la música armaba un mayor ruido por mitad del horrísono estruendo del sonar y competir simultáneamente todas las *pandas* —estoy sintetizando, el asunto era un ritual mucho más complicado—, pues era la que ganaba el premio. Al tiempo, y en mesas en torno al ventorrillo, o en manteles sobre la tierra y yerba del monte por allí mismo, mucho familiar trasiego campesino y montañés de comidas y vinos. De *vinos de los montes* como es lógico, o *vinos del terreno* si dicho a la vieja usanza castellana. De paso, y tras el concurso al final de la mañana, y tras el almuerzo ritual muy a filo del mediodía, ya por la tarde las mozas y mozos de los cortijillos ocultos por mitad del laberinto de los tales montes —que no son precisamente montañas alpinas pero sí laberinto de cerros muy plantados de almendros hasta arriba del todo— y de sus minivillorrios, pues por allí organizaban juegos del muy arcaico corro —al que eran muy aficionados los más o menos proto-andaluces tartesios prerromanos, y al respecto el geógrafo griego Estrabón en tiempos del

nacimiento de Cristo— en el que, cogidos de la mano, mozos y mozas, formaban la rueda y la hacían girar luego a toda velocidad, al tiempo que cantaban viejas canciones campesinas más o menos verdialeras. De las cuales recuerdo una que parece tener una especie de hermosura brutal: *Has comió caracoles / has bebío vino blanco / has tumbao a la Dolores / a la vera de un barranco / has comió caracoles.*

La brutal hermosura de esta canción del corro moceril concordaba muy bien con la no menos brutal hermosura de los grandes sombreros festivos de la fiesta de los verdiales. Y no sólo de la fiesta sino que del ir las *pandas* con sus músicas, de cortijillo en cortijillo, a todo lo largo de las fiestas de la Navidad, en una paralela celebración pagana con respecto a la celebración cristiana. Los sombreros —también llamados *moñas* según creo recordar— son cada uno una especie de gran explosión barroca y dionisiaca de flores y frutas y espejitos, y orlados de larguísimas cintas de colores —cada cinta su color— que cuelgan desde el florido borde del sombrero casi hasta el suelo. De ahí que los campesinos no se lo quieran poner en la veraniega celebración de los verdiales si es diurna porque —dicen— con el tal sombrero de gran fiesta sudan mucho, y con las calores del verano resulta muy molesto. En fin, en la tal fiesta del *choque de verdiales* los mozos de las *pandas* venían con su discreto traje ritual —largo pantalón negro, camisa blanca, y chalequillo negro, muy abierto por delante normalmente— y las mozas y mujeres que iban a intervenir luego en el baile de verdiales venían también con su traje ritual y antiguo, un poco al estilo del que se ha venido usando en otras tierras españolas, y con un gran pañuelo de colores echado sobre los hombros y



cruzadas las puntas por encima del pecho, y un delantalito blanco sobre la amplia falda oscura y corta de vuelo. Tanto detalle etnográfico es para decir que luego, tras el concurso, y previamente también por la mañana antes del concurso —las campesinas gentes son de un despertar muy tempranero, poco menos que al canto del gallo en la madrugada, y con lo cual pues a la diez de la mañana ya estaban allí casi todos, o al menos bastantes— pues había ya bailes de verdiales, que se bailaban con pañuelitos blancos, uno en cada mano, y tanto el mozo como la moza. Y al tiempo que los pies en la danza trezaban y destrenzaban pasos —así se dice en la jerga campesina del asunto— los blancos pañuelos aleteaban en el aire lo mismo que blancas palomas un poco demasiado a revuelo. Hay que decir que de la tal fiesta de verdiales había sido en la llegada de las pandas eliminado ya el resoplar de las grandes caracolas de la mar.

O sea, cuando en su muy arcaica y verdialera fiesta pagana paralela a la cristiana semana de las fiestas de la Navidad iba cada panda de cortijillo en cortijillo —de una campesina casita perdida en mitad de los montes a otra campesina casita no menos perdida en mitad de los montes: la comarca de los montes de Málaga es una zona de mucho minúsculo caserío disperso, y que los etnólogos averigüen el porqué—, pues por delante de cada panda iba un mozo de mucho fuelle en los pulmones y resoplándole a la caracola. Que, con el caracolil y marino estruendo, avisando iba de que ya la panda se les acercaba, así que en el cortijillo las mozas se pusieran guapas y prepararan los pestiños de harina y miel y las copitas del anís, y los chorizos y las morcillas, y la candela a la puerta, una gran candela, y que ya rápidamente por allí llegaba la panda con sus músicas, y la fiesta

iba a comenzar. Y que prepararan el aguinaldo poco o mucho, para la caja de la panda. Y que, aparte de para una comida de hermandad, iba también a servir luego para renovación de los atavíos y de los instrumentos musicales, si es que ello era necesario. Y no sé si hasta incluso para mercarse otra caracola, si es que la anterior se les había cascado a mitad de algún barranco, que al fin y al cabo las caminatas de la fiesta de los verdiales se hacían de noche, y allí hay barrancos por todas partes.

Explayando un poco más el asunto, hay que decir que cada panda de verdiales es como una sagrada hermandad de música y baile en la que hay un jefe, el alcalde, que es como una especie de director de orquesta, con su batuta correspondiente. O más bien que batuta, una larga vara de olivo o de avellano, y oficia de la batuta. Y que la autoridad del alcalde es máxima y que la obediencia al alcalde es total. De hecho, y como institución, la panda de verdiales es una orquesta de tipo muy arcaico, y residual de muy arcanos tiempos a lo que parece. O si se quiere, una orquestina muy primitiva si en comparación con las grandes y actuales orquestas sinfónicas. En concreto, en la panda de verdiales entran como componentes una guitarra —o a veces dos— y un violín, un gran pandero enorme y un minúsculo címbalo o mini-platillos de bronce, que aquí se llaman chinchines. Y como parte de las muy primitivas o muy arcaicas sinfonías de los verdiales entra también de componente básica la voz humana, el canto del macho. Con los fandangos de verdiales, como es lógico. Aparte de que, en mitad de la noche y junto a las candelas de los cortijillos, me supongo que también a veces entraba a modo de *basso ostinato* la caracola de la mar, y que los mozos la resoplaban con mucho fuelle. La verdad es que hasta mitad o finales del siglo XIX no había violín en la panda-orquestina sino que un muy primitivo rabel de tres cuerdas. Y que, tras morir en el pueblecito de Casabermeja el anciano instrumentista artesano que fabricaba los rabeles y no querer su hijo asumir el noble oficio, y al ir sucumbiendo los rabeles —que al trepidante ritmo frenético y su estruendo se cascan los instrumentos musicales con bastante facilidad, y sucumben y hay que ir reponiéndolos buenamente— pues se los fue sustituyendo con violines. A los que se les viene tocando lógicamente como si fueran un rabel: sólo se les hace sonar las tres cuer-

das más agudas. Que al fin y al cabo no hay por qué hacerles sonar las cuerdas bajas, que ya el bajo lleva la música de la guitarra, y no hay por qué ofrecerlo reduplicativamente. O en suma, un gran estruendo musical en el que por encima del oscuro retumbar del pandero, y por encima del grueso y bronco danzón que marcando va la guitarra, y por encima de la aguda percusión de los chinchines, y por encima de los chillonas florituras melódicas frenéticas que salen de las tres cuerdas agudas del violín, vuela majestuosamente la voz humana en lo más alto de la tesitura vocal del varón. Majestuosamente pero a toda velocidad, y con diseño melódico en cascada de notas que desde lo más alto de la tesitura vocal del varón descienden hasta lo más bajo, y en un *tour de force* vocálico no sólo a toda velocidad sino que también a todo volumen. Y al respecto, valga una típica y tópica copla famosa de los verdiales: *adiós Málaga la bella / tierra en la que yo nací / para todos fuiste madre / y madrastra para mí*. Y que se la cantaban mucho cuando los mozos campesinos de los verdiales se iban a trabajar de obreros a Alemania.

Con respecto al nombre de *verdiales* pues hay que decir que proviene del distrito y villorrio de Verdiales en la comarca de los montes de Málaga, comarca que no tiene existencia legal en ningún mapa pero sí y tradicionalmente en la tal zona y sus alrededores. En concreto, la comarca es el amplio y abrupto macizo montañoso —mucho barranco pero de no mucha altitud las cumbres de los cerros— que, con su enredo de caminos terrizos, y sus mini-villorrios, que a veces son unas cuantas casas y no más en cualquier cruce de caminos, se había venido quedando un poco a trasmano de los sucesivos progresos civilizatorios malagueños. Y con los campesinos ceceando todos y finalizando en *-u* las castellanas palabras, al estilo *Pericu ha traíu el chotu* y que era motivo de gruesos chistes para los urbanitas de Málaga-ciudad. Y que finalmente ha ido desapareciendo el tal dialectismo fonético demasiado arcaico. Aparte el distrito de Verdiales —que terminó dándole nombre a la arcaica fiesta y sus músicas— está también el distrito del Barranco del Sol, de muy sonoro nombre, y otra serie de montesinos distritos con sus mini-villorrios. Un poco o un mucho la cabeza de toda la comarca era la aldea de Almogía, finalmente ya un pueblecito, y en cuyo término municipal queda la mayor parte de la comarca de los montes de Málaga, así a primer ojeo.

Hay que anotar que las gentes de Almogía se han venido autodenominando *moriscos* y no precisamente almogienses o almogineros. Lo que nos pone sobre la pista de cómo un ritmo tan demasiado arcaico como el de los verdiales haya podido venir sobreviviendo en la muy cerrada comarca de los Montes de Málaga —que inmediatamente a la espalda de la ciudad de Málaga— y desde muy remotos tiempos. Especialmente si tenemos en cuenta que, según historiadores del tema, la famosa *rebelión de los moriscos* casi a finales del siglo *xvi* —que estaban ya castellanizados de lengua y nombres y apellidos, y al menos nominalmente de religión, o no tan nominalmente en bastantes casos, o sea, eran unos *cristianos nuevos* y eso es lo que significa el morisco: cristianos amoriscados— se realizó en gran parte del muy amplio ámbito malagueños y sus macizos montañosos un plan de rebelión bastante singular: en los pueblecitos y aldeas los cristianos viejos —la emigración castellana, pobre o rica— asaltaron las casas de los cristianos nuevos o moriscos, y les robaron todo lo que pudieron. Al respecto, los muy detallados historiadores del asunto. O sea, que en la tal rebelión el caso de macizos montañosos malagueños —zonas de mini-villorrios, a los que había que llegar por veredas o caminos de mulas— no es exactamente el mismo que el de los macizos montañosos de Granada y Almería, en los que había grandes aldeas y caminos carreteros. Y en los que la sublevación de la ya castellanizada población previamente islámica fue general. Y generales también luego la expulsión, el despoblamiento y el repoblamiento en base a gentes cristiano-viejas llegadas de diversas zonas pobres del norte peninsular.

Hubo deportación masiva de moriscos malagueños a la zona de los montes de Huelva. Y acaso de



ahí el origen de los fandanguillos de Huelva, que en cuanto al modo melódico —no al estilo del cante— es el mismo que en los fandangos malagueños, el muy arcaico *modo dorio* o la escala diatónica y natural de la nota Mi, que en cuanto que escala ascendente va con las notas Fa y Sol subidas en un semitono, o sea, con un sostenido Si dicho en jerga musiquera. Y que, eliminadas en la escala descendente las tales subidas semitonales, pues resulta la famosa *cadenza andaluza* tan propia del cante flamenco. Cuyos iniciales cantes o *cante jundo* son diversos tipos de fandangos malagueños de Ronda, de nombres varios. Y fandangos en cuanto que en el ámbito malagueño todos los viejos cantes campesinos de varones —los solos del varón— eran fandangos en el sentido más general de tal palabra, en el sentido de viejos cantes campesinos precisamente. Y la polémica de si al origen del cante flamenco están o no están los fandangos de Málaga —incluidos los fandangos serranos de la malagueña Ronda— viene de lejos e irá lejos. En concreto, rastreando el origen de los fandangos de verdiales y sus montesinas fiestas y músicas no hay más remedio que apuntar que, del mismo modo que la aculturación cristiana y castellana de los macizos montañosos malagueños no fue total e implacable —se salvaron las comidas, las músicas, la agricultura especializada en hosticultura, pero sucumbieron los miles de moreras para el gusano de seda y los malagueños tejidos de seda, famosos en toda la Edad Media europea, y sucumbió también



Sombreros de Verdiales

la famosa *loza dorada* malagueña, que hacia el final de la Edad Media se exportaba ya a medio mundo— pues así también la aculturación islámica tampoco fue total e implacable. Y valga de ejemplo que de tal aculturación islámica sobre la previa y malagueña población cristiana y mozárabe —que le dio mucha guerra al califa de Abderramán III y su califato de Córdoba— y que fue aculturación muy tardía, de hacia finales del siglo XII, pues en contra de los preceptos coránicos se salvaron los montesinos viñedos malagueños y sus vinos, con muchos sabor a mosto de uvas. Y que tal cual han perdurado hasta hoy, vinos naturales de natural agricultura biológica que los ecologistas debieran proteger. Y curioso que los malagueños viñedos hayan venido desde antiguo plantados en lo más alto de los cerros, costeros o no costeros, para que así las cepas agarren mucho el sol.

Tengo la idea de que, con respecto a los abruptos y laberínticos macizos montañosos malagueños —en los que todavía subsisten muy amplias zonas despobladas, una a las espaldas de Marbella, la otra a las espaldas de Nerja— y en cuanto que era zona más bien paupérrima para las sucesivas oleadas de invasores, pues sus correspondientes y no menos sucesivas aculturaciones —cartaginesa, romana, cristiana, visigótica, islámica, y luego otra vez la recristianización— siempre fueron tardías y muy lentas, y no demasiado profundas. Con respecto a la tardía y no muy profunda aculturación romano-latina, valga el dato de que gran parte de toda la toponimia malagueña sigue teniendo raíces prerromanas, e incluso sorprendentemente de lengua vasca al menor descuido. Valga el dato de que el malagueño pueblo de Arriate, a mitad de la serranía de Ronda, es de la misma muy arcaica familia onomástica que los topónimos vascos Arriaga, Arrigorriaga, Arrizabala, Arrizabaleta, etcétera. O en otras palabras, que como también en otros muchos lugares de este planeta los macizos montañosos laberínticos y abruptos siempre vinieron quedando más o menos a salvo de las sucesivas aculturaciones invasoras. Y al respecto, que en el siglo IX un ilustre escritor viajero yemení, muy islámico y árabe, oyera por las noches en la ciudad de Málaga una estruendosa orquestina de muchos instrumentos musicales en simultáneo y en el verano —y todo apunta hacia que el comienzo del verano, la fiesta arcaica del solsticio veraniego, la famosa noche de San Juan en

versión residual cristiana— y en manos de malagueños indígenas mozárabes. Finalmente al ilustre escritor yemení árabe un señor malagueño de estirpe árabe se lo llevó a su palacete en las afueras de Málaga, y el ilustrado viajero yemení escribe que allí por primera vez consiguió oír música árabe e islámica en tierras malagueñas, y que por primera vez consiguió dormir en las malagueñas tierras. Ni que decir tiene que el tal estruendo musical de musicales instrumentos varios en mitad de la noche en manos de los indígenas mozárabes remite en directo hacia que la malagueña y arcaica orquesta musical de los verdiales es residual del tal mozárabe y cristiano asunto indígena.

Y retrotrayendo más hacia atrás esta somera indagación sobre el origen de la malagueña celebración y música de los verdiales, saltamos ahora hacia tiempos de la mitad del famoso Imperio Romano. Tiempos en los que en un colorinesco e imperial mosaico romano de no sé exactamente qué época —la noticia asoma en la prensa malagueña, y eso es lo que yo sé del tal asunto— asoma un indígena o indígenas con el tal sombrero ubérrimo malagueño y verdialero de frutos y flores, y con borrosos instrumentos musicales en las manos, según creo recordar. Evidentemente, la tal iconografía puede remitir en general a presuntas y borrosas usanzas dionisiacas existentes a todo lo largo del Mediterráneo, y más o menos residuales en tiempos del Imperio Romano. Y eso es lo que en general suele hacerse con arcaicos datos etnográficos localizados en tal o cual punto mediterráneo, que se los generaliza a todo el Mediterráneo en base a una presunta civilización arcaica panmediterránea, o cosa similar. Pero el hecho de que el tal asunto de los ubérrimos sombreros de flores sobre las cabezas de los varones haya sólo sobrevivido —y con sus larguísimas cintas de colores— en el ámbito de los macizos montañosos malagueños, al menos significa que en el ámbito malagueño la tal celebración de los solsticios del sol estaba muy arraigada y en forma bastante peculiar. Y que en la misma peculiar forma lo estuviera también a todo lo largo del Mediterráneo, sea homogéneamente o sea en forma dispersa un poco por aquí y por allá, pues no pasa de ser una mera inferencia más o menos presunta, si es que no obviamente ideológica. En el ideológico sentido de que en tiempos precartagineses y prerromanos la población ibero-peninsular era pre-



«Panda» de Verdiales.

suntamente una especie de paupérrima plasta indígena, un poco a nivel del Paleolítico y de las selváticas gentes del americano río Amazonas. Y que luego de la mano de los fantasmales fenicios y de los no tan fantasmales griegos y romanos —que más bien bastante fantasmones, dicho sea de paso, ya que no exactamente fantasmales— nos fue llegando gradualmente la cultura y la civilización, incluidos los verdiales con sus larguísimas cintas de colores, y con su gran caracola de la mar. Dicho sea también de paso, hasta todavía no hace mucho, en las huertas del malagueño río Guadalhorce, a los varones o hembras que andaban trabajando en mitad de los campos, a golpe de resoplar la caracola se les avisaba al mediodía que el almuerzo ya estaba preparado en la hortelana casa. Así en las huertas de Álor, por ejemplo. En fin, en figuritas cerámicas que se presentaban como exvotos en prerromanos santuarios tartesios o ibero-tartesios, en las lindes de las ahora tierras andaluzas concretamente, asoman a veces larguísimas cintillas que cuelgan de la cabeza y fluyen a lo largo de las espaldas de la figurilla de barro, y que debían colgar de un capacete encasquetado en la cabeza, o sombrero, por más que a los expertos de tal detalle arqueológico el asunto más bien les resulta un tanto enigmático. Así en las ruinas de algún prerromano santuario en el famoso desfiladero de Despeñaperros, que milenariamente ha venido siendo la puerta de entrada para, desde las llanuras de la Mancha, pasar a las tierras del río Guadalquivir. De algún modo, las tales larguísimas cintillas —con el correspondiente sombrero apeado de la cabeza de la figurilla cerámica, a lo que parece— remiten a su continuación residual en el milenariamente

muy aislado ámbito interior de los macizos montañosos malagueños.

Finalmente, que las dos celebraciones ritualmente tradicionales de los verdiales malagueños hayan venido milenariamente vinculadas a los solsticios, tanto al de invierno como al del verano —y milenariamente, teniendo en cuenta las noches de estruendo verdialero que el muy culto e ilustrado Ahmad ibn Muhammad al Yamení se tuvo que chupar en Málaga y sin dormir en el siglo IX a comienzos del verano—, remite el asunto a la más bien proto-tartesia civilización ciclópea habida en el ámbito malagueño hacia el año 2000 antes del nacimiento de Cristo, con el colosal templo-dolmen antequerano denominado la cueva de Menga. Y en el que hay una gruesa losa de unas trescientas setenta toneladas que implica mayor esfuerzo que cualquiera de los habidos para construir las pirámides famosas de Egipto. Y que no hay forma humana de saber cómo la tal gran losa demasiado colosal, desde la cantera de un monte cercano, situada en lo más alto del monte pudo ser traída con un barranco de por medio. El tal dolmen-templo, y templo en cuanto que orientada su puerta de entrada hacia la salida del sol, estaba enlucido de yesería por dentro, y se supone que con pinturas los enlucidos muros del yeso, o al menos los arqueólogos han encontrado residuos del tal asunto. Y se da por hecho que la muy redonda colina artificial que cubre el tal dolmen-templo de muy altos techos —a los arqueólogos más tradicionales no les gusta la idea del dolmen-templo, tampoco les gusta la idea de que en algún momento el sol penetrara por el pasadizo-boca de la entrada e iluminara el interior del templo— tenía alrededor el círculo de verticales estelas de piedra, cada



«Pandas» de Verdiales, 1996.



una con su respectiva hendidura, de cuyo efecto de sol y sombra se iba calculando a meses el año solar y con bastante exactitud. Por otra parte, el asunto parece tener relación con la gran ciudad-isla excavada recientemente en la desembocadura del malagueño río Guadalhorce —que viene de Antequera y de los tales dólmenes capitalinos precisamente— y que remite hacia el año 1300 antes del nacimiento de Cristo —como mínimo— y que con sus aproximadamente cien mil habitantes —dicen— era una especie de capital de todo el Mediterráneo occidental, al menos para tal época. O no menos relación con la monstruosa planta urbanística —de una ciudad de varios cientos de miles de habitantes, o al menos ésa es la hipótesis— hacia la que o apunta o parece apuntar una reciente prospección geo-eléctrica del inmediato subsuelo en la malagueña costa de Almayate. Y cuyas implicaciones tienen un poco asustados a los arqueólogos. En el sentido de que para la tal época sería prácticamente la oculta gran capital de todo el Mediterráneo. Lo cual es demasiado. O en suma, todo esto es lo que parece haber al trasfondo de los malagueños verdiales como muy arcaica reliquia de los remotos tiempos. Y al asunto yo le tengo dedicado un libro titulado *Historia y musicología de los verdiales* del que este artículo viene a ser una especie de resumen. Con todo esto pues resulta bastante lógico que hace un par de años, en el Festival Folklórico Internacional de Bayona, en Francia, los verdiales malagueños fueran presentados como el *plato fuerte* del folklore europeo: el probablemente más arcaico folklore existente en Europa, y curiosamente vivo, demasiado vivo.